

Sábado, 21 de julio del 2012

Alicia Esperón, orientadora de Centro Educativo Galén

La agresividad infantil.

Si los hijos se sienten protegidos y cuidados en su entorno familiar establecerán vínculos afectivos fuertes y seguros, con el tiempo y el cuidado de sus padres aprenderán a diferenciar y canalizar adecuadamente los impulsos con los que todos nacemos.

La agresividad es la manifestación de una emoción, una conducta innata en el ser humano y un elemento imprescindible en el proceso de socialización en cuanto a la defensa de la propia identidad. Es una fuerza interna que surge para dar respuesta a situaciones que vivimos y que nos producen tensión o frustración. Pero tenemos que aprender a expresarla y ello dependerá de las experiencias previas y de los modelos vividos... debemos saber canalizar la ira y volcarla de forma adecuada, de tal manera que no nos perjudique ni a nosotros mismos ni a los demás.

Con frecuencia tendemos a considerar que ciertas emociones como la ira, la tristeza o el miedo son negativas, sin embargo solo son emociones sin más... como la alegría o el placer. Lo que las hará diferentes será la manera que tengamos de expresarlas. Para conseguir este objetivo es fundamental enseñarles a canalizar la ira exteriorizando los sentimientos de manera adecuada, hacer que reflexionen, escucharles activamente y dialogar sobre lo que ha pasado. Así conseguiremos que reconozcan y reconduzcan sus sentimientos. Para mantener el control es bueno contar hasta diez, respirar profundamente, pensar antes de actuar, hablar sin crispación. Es muy importante que utilicemos las palabras para expresar lo que nos pasa. El hecho de que digamos "estoy enfadado" implica que hemos identificado la emoción y ello será un primer paso para expresarla adecuadamente. Debemos enseñarles frases que no sean agresivas para responder al conflicto. A pedir las cosas por favor, a decir "no me molestes por favor" en lugar de gritar o empujar... Los niños y las niñas comprobarán que usando estas frases evitarán discusiones y obtendrán lo que quieren sin necesidad de empujar, pegar o gritar.

El niño que no tiene estrategias verbales para afrontar las situaciones difíciles será fácilmente conducido a la agresión. Cuando un niño reacciona y pega a su compañero no debemos limitarnos a pensar que lo hace porque el otro le ha molestado, aunque es probable que así sea, sino pensar sobre qué modelos de actuación les estamos dando para que su respuesta inmediata ante un conflicto sea la agresividad o la violencia.

No debemos de utilizar nunca las manos ni palabras hirientes para reprender a nuestros niños y niñas, y no solamente porque esto no será más que una manifestación agresiva de nuestra propia impotencia, sino y también porque no sirve más que para descargar nuestra propia frustración por no saber resolver adecuadamente. Esto no hará que los niños rectifiquen su conducta, más que momentáneamente por miedo, y si les estaremos dando ejemplos inadecuados de solución de conflictos. Así que la frase de un "cachete a tiempo vale más que

mil palabras”, o “evita conductas negativas futuras” son total y absolutamente falsas. El miedo no nos hace aprender, solo desarrollar conductas de evitación, y la agresividad solo engendra agresividad.

Debemos también establecer la diferencia entre agresividad y violencia y saber que aunque en ambos casos se utiliza la fuerza o el insulto como medida de solución de conflictos, no será lo mismo que una persona se defiende puntualmente ante una agresión, que utilizar la fuerza para agredir a alguien indefenso sin que haya habido ningún conflicto previo. Es necesario por tanto diferenciar una manifestación agresiva de una destructiva. La agresividad comienza con la vida misma e inicialmente cumple una función de autoprotección y autoafirmación frente al entorno. La violencia es la consecuencia de una agresividad reprimida. La conducta destructiva es un síntoma de que algo no funciona. Todos los padres y madres desean lo mejor para sus hijos pero en ocasiones las pautas educativas empleadas generan en estos malestar. Entenderemos la agresividad como la manifestación de la ira natural transitoria y la destructividad como el resultado de haber traspasado esa barrera.

Todas las emociones son naturales, nos permiten sentirnos y sentir al otro, el problema comienza cuando estas se reprimen o se niegan. Es importante saber que es lo que nos ha provocado la ira e intentar resolverlo. La violencia es una acción intencionada que no tiene nada de natural. Cuando se produce una situación de violencia, ésta atenta contra la actividad física y mental de la víctima. Depende de las estrategias de solución que usemos en una situación de conflicto para que hablemos de agresividad o violencia. Si en lugar de resolver el conflicto abusamos de nuestro poder estamos en una situación de violencia. La violencia se traduce en maltrato emocional, físico, económico, abusos sexuales, negligencias y vandalismo.

El comportamiento agresivo es frecuente en los primeros años. El nivel máximo se da sobre los 2 años, a partir de los cuales disminuye hasta alcanzar niveles más moderados en la edad escolar. Los niños y las niñas de dos años a veces muerden sin ningún conflicto previo, ellos no saben valorar todavía que a los demás les duele también. Hasta los cinco años pueden utilizar la agresividad como una manera de resolver sus frustraciones y conflictos. Los niños y las niñas no debe ser ni agresivos ni pasivos, sino asertivos. La persona asertiva dice lo que piensa sinceramente y lo que le parece justo, pero sin faltar a los derechos de los demás ni perder los suyos.

No es bueno que el niño tenga miedo a ejercer sus derechos, pero tampoco que de rienda suelta a la agresividad. Las conductas agresivas se suelen aprender por imitación, si vive rodeado de modelos agresivos irá adquiriendo un repertorio conductual caracterizado por una tendencia a responder agresivamente a las situaciones conflictivas. Los niños aprenderán a comportarse de acuerdo a los patrones de conducta que les presentemos, según los modelos que tengan oportunidad de observar y según las consecuencias de las conductas que observan.

Daniel y David tienen cuatro años y juegan en el parque con un coche mientras sus padres charlan en un banco cercano. Daniel intenta quitarle el coche a David y David sujeta el coche fuertemente. Finalmente Daniel empuja un poco a David en su miedo de que le quite el preciado juguete y David lo empuja y lo tira al suelo. Daniel comienza a llorar estrepitosamente. El padre de David que casualmente vió la última etapa del conflicto se

levanta a reñir a su hijo. ¿Cómo se puede sentir David, sin el coche y con un padre enfadado que solo vio la última parte del proceso?

Nunca debemos ser jueces en una pelea entre iguales y si preguntarles qué es lo que ha pasado, escucharles, y tratar de comprender las intenciones de ambas partes. Posiblemente tendremos que esperar a que se tranquilicen y una vez que les hemos escuchado podemos introducir sugerencias de cómo pueden actuar ambos en el futuro para evitar este tipo de situaciones.

La solución que a veces los padres dan de - si te pegan pega tu más fuerte- es tan ineficaz como la de- si te pegan no hagas caso. En el segundo supuesto conlleva indefensión y en el primero clara apuesta por la agresión como manera de solucionar los conflictos. Normalmente en una agresión siempre atendemos al agredido solamente y no nos damos cuenta que el agresor necesita igualmente atención y ayuda.

